
NACIONALSOCIALISTAS ANTIHITLERISTAS Y CUESTIÓN JUDÍA

LOS CASOS DE *DIE SCHWARZE FRONT* Y *FREI-DEUTSCHLAND BEWEGUNG* EN ARGENTINA¹

ANTI-HITLERITE NATIONAL SOCIALISTS AND JEWISH QUESTION.

THE CASES OF *DIE SCHWARZE FRONT* AND *FREI-DEUTSCHLAND BEWEGUNG* IN ARGENTINA.

Germán Friedmann²

<i>Palabras clave</i>	<i>Resumen</i>
Nacionalsocialismo, Antisemitismo, Antinazismo	Tras el ascenso de Hitler al poder en Alemania, el nacionalsocialismo inició un proceso de <i>Gleichschaltung</i> (igualación) de diversas instituciones de la colectividad alemana de la Argentina que, aunque exitoso, no abarcó su totalidad. Durante las décadas de 1930 y 1940, se conformaron asociaciones que aglutinaron a germanoparlantes de diversas procedencias que compartían su oposición al Tercer Reich.
<i>Recibido</i> 12-12-2015	Entre aquel variopinto conjunto de militantes antihitleristas, se encontraron dos agrupaciones que fueron dirigidas desde el exilio por Otto Strasser, quien durante la década de 1920 fue una de las principales figuras del <i>Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei</i> (Partido nacionalsocialista obrero alemán). Los seguidores locales de Strasser fijaron sus posiciones ante la escalada antisemita experimentada en Europa, explicitaron sus concepciones acerca de la relación entre los judíos y Alemania y mantuvieron contactos con los emigrados judíos de habla alemana.
<i>Acceptedo</i> 24-4-2016	
<i>Key words</i>	<i>Abstract</i>
National Socialism, Antisemitism, Anti-Nazism	Following Hitler's rise to power in Germany, National Socialism started a process of <i>Gleichschaltung</i> (uniformity) throughout diverse institutions belonging to the German community in Argentina. Though successful, it did not encompass them entirely. Associations that gathered German-speaking members of diverse origins sharing a common opposition to the Third Reich sprung to life during the 1930's and 1940's.
<i>Received</i> 12-12-2015	Among the motley group of anti-Hitlerite militants, were two groups directed from his exile by Otto Strasser, who during the 1920's had been one of the main figures of the <i>Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei</i> (National socialist German worker's party). Local Strasser followers presented their points of view regarding the escalation of anti-Semitism in Europe, made their thoughts on the relationship between Jews and Germany known, and kept in touch with the German-speaking Jewish émigrés.
<i>Accepted</i> 24-4-2016	

1 Muchas de las fuentes utilizadas en este trabajo fueron publicadas en idioma alemán. Son reproducidas aquí en la traducción al castellano del autor, aunque con su título original.

2 CONICET / Universidad de Buenos Aires; Instituto de Historia Argentina y Americana. Dr. Emilio Ravignani. 25 de Mayo 221, 2º piso, 1002 Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Email: gerfriedmann@yahoo.com.ar.

Tras el ascenso de Hitler al poder en Alemania, el nacionalsocialismo inició un proceso de *Gleichschaltung* (igualación) de diversas instituciones de la colectividad alemana de la Argentina que, aunque exitoso, no abarcó su totalidad. Durante las décadas de 1930 y 1940, se conformaron asociaciones que aglutinaron a germanoparlantes de diversas procedencias que compartían su oposición al Tercer Reich.

Entre aquel variopinto conjunto de militantes antihitleristas, se encontraron dos agrupaciones que fueron dirigidas desde el exilio por Otto Strasser, quien durante la década de 1920 fue una de las principales figuras del *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* (Partido nacionalsocialista obrero alemán). Los seguidores locales de Strasser fijaron sus posiciones ante la escalada antisemita experimentada en Europa, explicitaron sus concepciones acerca de la relación entre los judíos y Alemania y mantuvieron contactos con los emigrados judíos de habla alemana.

LOS 'VERDADEROS NACIONALSOCIALISTAS'

Una de las primeras organizaciones de habla alemana de la Argentina que se opuso al régimen gobernante en Alemania fue la sección local del movimiento *Schwarze Front* (Frente Negro), dirigido por Otto Strasser, un doctor en derecho y ciencias políticas que, además de integrar un *Freikorps* muniqués, había militado en la socialdemocracia alemana (Kershaw 1999, p. 275; Röder y Strauss 1980, p. 740).³ Junto a su hermano Gregor, Otto jugó un papel fundamental en la transformación del nacionalsocialismo, cuando éste pasó de ser un marginal partido de provincia a convertirse en un movimiento de alcance nacional. La organización partidaria dirigida desde Berlín por los hermanos Strasser desarrolló un perfil independiente al de Hitler, del cual se diferenciaba por acentuar con mayor ahínco los aspectos anticapitalistas y socialistas del movimiento. Las diferencias entre las facciones del sur y la del norte fueron acentuándose debido a la postura más "social-revolucionaria" de los dirigentes de la última, quienes, además de expresar su voluntad de autonomía, no tardaron en manifestar su recelo ante lo que consideraban una camarilla corrupta y dictatorial que dirigía la oficina de Múnich (Nyomarkay 1965, pp. 22-47).

En septiembre de 1925, Otto y Gregor conformaron la Comunidad de Trabajo de los territorios del norte y noroeste de Alemania del NSDAP (*Arbeitsgemeinschaft der nord- und nordwestdeutschen Gaue der NSDAP*),⁴ una agrupación que propuso renovar el programa del nacionalsocialismo, elaborado en 1920. Entre las modificaciones más importantes, se encontraban la socialización de los medios de producción, una consi-

3 Otto Strasser se unió al Partido Socialdemócrata de Alemania (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*) en 1919, donde fue colaborador del *Vorwärts*, su periódico oficial. Al año siguiente, abandonó aquella agrupación por considerarla demasiado "reformista" y se unió al más radicalizado Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (*Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands*), antes de afiliarse al nacionalsocialismo en 1925.

4 NSDAP son las siglas del *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*.

derable reducción de la propiedad privada y la necesidad de llevar a cabo una alianza entre Alemania y la Unión Soviética (Kühnl 1966, pp. 317-333). Lejos de ser presentadas como revolucionarias o disruptivas dentro del partido, estas medidas eran percibidas como fieles representantes del verdadero espíritu nacionalsocialista. Sin embargo, en una convención de líderes regionales, realizada en Bamberg el 14 de febrero de 1926, Hitler declaró que los veinticinco puntos del programa original eran inalterables, al tiempo que aprovechó la oportunidad para concentrar todos los poderes de decisión del partido en sus manos (Weissmann 1998, p. 259).

A pesar del revés sufrido, los hermanos Strasser tuvieron un importante papel en los posteriores éxitos electorales del partido, al captar el voto de muchos de quienes habían apoyado previamente a los socialistas y los comunistas (Burrin 2012, pp. 89-100). Sin embargo, el escenario cambió tras el fracaso nacionalsocialista en las elecciones de 1928. Desde entonces, Gregor Strasser suavizó sus diferencias con Hitler –al punto de ser nombrado, en enero de 1928, jefe de organización del NSDAP para el *Reich*–, en tanto que Otto radicalizó aún más su postura, apuntando contra la cúpula del partido que, en su opinión, representaba la combinación de las ambiciones totalitarias del *Führer* con las pretensiones restauradoras y reaccionarias del gran capital alemán. Finalmente, en julio de 1930, Otto Strasser dejó oficialmente el partido. En una declaración titulada *Die Sozialisten verlassen die NSDAP* (Los socialistas abandonan el NSDAP), acusó a la dirección de éste de haberse “aburguesado” y de traicionar sus principios al abandonar el punto de vista de los trabajadores. Además, se pronunció, entre otras cosas, contra el “culto al *Führer*”, el “autoritarismo fascista” y la “visión imperialista del mundo” (Kühnl 1975, pp. 113-118).

Tras integrar una serie de organizaciones menores, en la segunda mitad de 1931 Otto Strasser fundó el *Schwarze Front* (Frente Negro), que rechazaba el establecimiento de una posible dictadura de Hitler en alianza con el gran capital alemán (Gottfried 1969, pp. 142-151). Lejos de conformarse como una organización de masas, tenía por objetivo constituir un partido chico y profesional que, recogiendo la experiencia de la guerra, del movimiento *Freikorps* y del *Kampfzeit*,⁵ pudiera transformarse en la vanguardia de la proclamada verdadera “revolución alemana” (Schapke 2005, pp. 94-102). Prohibido en Alemania luego que Hitler asumiera como canciller, el Frente Negro tuvo a muchos de sus seguidores entre los primeros militantes políticos internados en campos de concentración. Otros tantos integraron la denominada “primera oleada” de exiliados y acompañaron a miles de activistas que se habían expresado contra Hitler antes de su ascenso al poder (Benz 2014). Entre ellos se encontraba Otto Strasser, quien, tras un frustrado intento de estrechar filas con grupos opositores dentro del *Reich*, se estableció en Checoslovaquia en julio de 1933. Desde allí, se opuso al régimen nacionalsocialista presentándose como el represen-

5 Término utilizado por los nacionalsocialistas para referirse a los que percibían como heroicos combates callejeros llevados a cabo contra los comunistas y los socialdemócratas, antes de su llegada al poder en Alemania.

tante de un tercer frente que rechazaba a la vez el colectivismo y el individualismo burgués.⁶

La sede principal del Frente Negro fuera del continente europeo se radicó en América del Sur (von zur Mühlen 1985, p. 143-157). En 1932 se fundaron los primeros grupos en Paraguay, Brasil y la Argentina, y hacia 1934 se encontraba representado en la mayor parte de los países del subcontinente. La dirección del movimiento estaba a cargo de Bruno Fricke, un ex integrante de la SA, quien en un principio desempeñó aquella función desde su residencia en Paraguay y luego continuó haciéndolo desde Buenos Aires, ciudad a la que se trasladó a mediados de 1935 (Friedmann 2015, pp. 39-57). El Frente Negro difundió sus posturas políticas a través de distintas vías, entre ellas, su publicación homónima *Die Schwarze Front*, editada en Buenos Aires entre 1935 y 1936.⁷ Además, desde su columna en el *Argentinisches Tageblatt* (diario que desde un inicio presentó una decidida orientación antinazi y que, por ese entonces, experimentaba un notable incremento en su popularidad), el movimiento alcanzó una importante repercusión.⁸ Sus integrantes se presentaban como los verdaderos nacionalsocialistas y acusaban al gobierno alemán de haber traicionado el auténtico espíritu de aquella ideología.⁹

En las publicaciones del Frente Negro, eran muy comunes las notas que subrayaban las discrepancias entre el programa original del partido, que impulsaba “la desarticulación de los *trusts*” y de los grupos empresariales concentrados en general, y una realidad económica alemana que, percibían, presentaba la creciente prosperidad de los más poderosos. Denunciaban, además, que “en Alemania se había establecido la dictadura del partido en lugar de la comunidad popular”, que “perduraba el apoyo al capitalismo en lugar de la construcción del socialismo alemán” y que se imponía “la reacción burguesa y la intolerancia fascista en vez de la renovación cultural y la libertad espiritual”.¹⁰

6 Desde su exilio praguense, Strasser continuó su lucha contra Hitler mediante diversas actividades propagandísticas, entre las que se destacaron la publicación de libros y folletos, así como la edición del periódico *Die Deutsche Revolution (La revolución alemana)*, algunos de cuyos ejemplares lograron ser distribuidos de manera ilegal dentro de las fronteras alemanas.

7 Según los integrantes del Frente Negro, el primer número de su revista constó de 3.000 ejemplares. *Das Andere Deutschland*, una de las publicaciones más influyentes de la emigración germanoparlante de América Latina, alcanzó en el momento de su mayor tirada, durante 1944 y 1945, entre los 4.000 y 5.000. El periódico *Volksblatt*, editado por los comunistas alemanes, desde noviembre de 1941 hasta agosto de 1943, contaba con una tirada de entre 1.000 y 2.000 copias. Por su parte, la revista *Der Trommler*, publicación oficial de nacionalsocialismo de la Argentina, imprimió 4.000 ejemplares hacia 1941 y 6.000 en 1945.

8 Hacia 1925 el *Argentinisches Tageblatt* editaba cerca de 20.000 ejemplares diarios. Diez años más tarde trepó a los 28.000 y poco antes del final de la Segunda Guerra Mundial alcanzó los 40.000. Incluso algunas estimaciones le otorgan, en esa última época, una tirada de alrededor de 50.000 copias.

9 Hitler ist nicht Deutschland und der Nationalsozialismus ist nicht Hitler, *Die Schwarze Front*, 9 de octubre de 1935, p. 2.

10 Hitler Verrat am Nationalsozialismus. Programm und Praxis der Hitlerpartei, *Die Schwarze Front*, 23 de noviembre de 1935, p. 1.

El programa del partido nacionalsocialista, constantemente reivindicado por el Frente Negro, combinaba la promesa de una mayor igualdad social con una idea de nación étnicamente homogénea. Por un lado, contenía diversas propuestas que habían sido defendidas previamente por socialdemócratas y sindicalistas. Entre ellas, se encontraban: la “supresión de las rentas obtenidas sin trabajo ni esfuerzos”, la “ruptura con el vasallaje de los intereses”, la “nacionalización de las sociedades anónimas”, la “participación en los beneficios de las grandes empresas”, la “municipalización inmediata de los grandes almacenes” y la “expropiación gratuita del suelo para el bien común”. Este conjunto de formulaciones convivían con otra que indicaba que sólo podía ser ciudadano quien fuera un “camarada nacional”, categoría a la que únicamente podría acceder quien tuviera “sangre alemana, sin importar la confesión”. Por ello, se indicaba, “ningún judío puede ser ciudadano” (Kühnl 1975, pp. 113-118). Más allá de su pretensión de representar el “espíritu original” del nacionalsocialismo, en los asuntos referidos a la denominada “cuestión judía”, existía una clara discrepancia entre la posición asumida en el exilio por Strasser y la presentada en el programa del partido, promulgado en 1920, que excluía a los judíos de la condición de ciudadanos del *Reich* y del consiguiente ejercicio de los plenos derechos civiles.

EL FRENTE NEGRO Y LAS LEYES ANTISEMITAS

El 7 de abril de 1933, poco después de la proclamación de Hitler como canciller del *Reich*, fue promulgada la *Gesetz zur Wiederherstellung des Berufsbeamtentums* (Ley sobre la restauración de la administración pública), que posibilitaba la expulsión, de las diversas agencias estatales, tanto de los funcionarios y empleados “no arios” como de aquellos “políticamente poco confiables” (Königseder 2007, pp. 536-537). Esta disposición constituyó la puesta en práctica del proceso de *Gleichschaltung* de la administración pública y de la política racial del régimen, transformándose en el punto de partida de una legislación antisemita que se sistematizaría posteriormente con las llamadas “leyes de Núremberg”. Éstas, promulgadas durante el séptimo congreso anual del partido nacionalsocialista, celebrado el 15 de septiembre de 1935, fueron un conjunto de medidas y prescripciones que transformaron a los judíos alemanes en ciudadanos de segunda clase e iniciaron su exclusión legal de la vida económica, política y social alemana (Essner 2002; Koop 2014, pp. 33-65).

El mismo día del anuncio de aquellas disposiciones, Otto Strasser publicó en el periódico praguense *Die Deutsche Revolution* una nota titulada “¡Suficiente! Una palabra sobre la cuestión judía”, que fue reproducida meses más tarde en el porteño *Die Schwarze Front*.¹¹ En ella explicitó su “horror ante el trato” sufrido por los judíos y rechazó enfáticamente “el contenido y los métodos del antisemitismo hitlerista”. Mientras

11 Genug! Ein Wort zur Judenfrage, *Die Schwarze Front*, 7 de diciembre de 1935, p. 1. Publicada originalmente en *Die Deutsche Revolution*, 15 de septiembre de 1935.

que “el racismo es una doctrina imperialista dominada por la supuesta superioridad de una raza sobre las otras”, señalaba Strasser, “la idea *völkisch*”, de la cual se sentía su más fiel exponente, “es una teoría por cierto nacional, pero pacifista, que reconoce expresamente la igualdad de derechos de todos los pueblos”.¹² Para apoyar esta postura Strasser recurrió a su admirado Theodor Herzl, a quien definía como “el gran profeta de la idea *völkisch*, sobre la cual había construido un activo movimiento político” al que expresaba “su total solidaridad”. Nosotros, indicaba Strasser, “nos sentimos emparentados con el sentimiento de la nación judía y seguimos con el más grande interés y los mejores deseos la heroica lucha por la creación de un hogar nacional judío, de cuya feliz solución depende una mejora sustancial de la parte política de la llamada cuestión judía”.¹³

Podría sospecharse que, desde su exilio y a la luz de la creciente condena a las políticas llevadas a cabo contra los judíos en Alemania, resultaba oportuno a Strasser evocar a Theodor Herzl con el fin de disipar potenciales dudas acerca de su antisemitismo. Ahora bien, más allá de una posible utilización instrumental, existía una coincidencia fundamental que excedía cualquier coyuntura de conveniencia, dado que tanto para Strasser como para los sionistas, los judíos alemanes eran considerados ciudadanos del *Reich*, pero no miembros del *Volk* alemán. En efecto, Herzl consideraba que los judíos debían abandonar la “ilusión” de ser alemanes o austriacos. Su nacionalismo fue moldeado con los códigos del espacio centroeuropeo, donde los criterios de definición de las identidades nacionales no eran políticos, es decir, no se establecían en relación a una autoridad central, sino culturales (lingüísticos, étnicos, religiosos, o incluso biológicos o raciales, según el caso), esto es, considerados manifestaciones de las características específicas de los pueblos. Siguiendo el ejemplo de los programas de unificación que resultaron exitosos para otros pueblos en “diáspora” o naciones europeas que habían conseguido su unidad, el fundador del movimiento sionista bregaba por el derecho a la soberanía nacional para un grupo disperso que era considerado una minoría étnica. De hecho, hacia fines del siglo XIX y comienzos del siguiente, Alemania permanecía como modelo del Estado y de la nación que los judíos tenían la misión de construir en un territorio colonizado por europeos, ya fuera en la Argentina, o preferentemente en Palestina. En este último caso, concebido como un “retorno histórico del exilio”, la emigración masiva de los judíos de Europa era percibida como una “avanzada de la cultura” contra la “barbarie asiática” (Herzl 2005, pp. 71-73).

El líder del Frente Negro consideraba que, aunque ideal, la conformación de un Estado nacional judío era una “solución imposible por el momento”, no sólo por razones geopolíticas, sino fundamentalmente porque “una parte significativa del judaísmo” no estaba comprometida con el sionismo. Efectivamente, Strasser estaba en lo cierto. Aunque aquel movimiento retrospectivamente aparece como el más importante en la ruptura con la asimilación, tuvo inicialmente un éxito moderado. De hecho, se ha

12 El vocablo *völkisch* deriva de la palabra *Volk*, que en alemán tiene el doble significado de “pueblo” y “nación”.

13 Genug! Ein Wort zur Judenfrage, *op. cit.*

estimado que al momento de iniciarse la Primera Guerra, el sionismo era apoyado por el 2% de los judíos alemanes (Sand 2014, p. 271). Los militantes de organizaciones que acentuaban su judaísmo como una característica distinta a su pertenencia al conjunto de la nación alemana –entre ellos, los sionistas– eran muy minoritarios en Alemania hasta 1933 y su crecimiento acelerado fue posterior al ascenso del nacionalsocialismo (Traverso 1995). La población judía alemana era una de las más integradas de Europa. Gran parte de sus miembros continuó afirmando su propia “germanidad”, incluso luego de la toma hitleriana del poder (Bauer 2003; Poliakov 1989). En este sentido, Strasser no estaba muy errado al señalar “la existencia de 600.000 judíos en Alemania que se declaran conscientemente en favor de su pertenencia a la cultura alemana, que ven en Alemania a su patria y que han pagado sus derechos de ciudadanía con grandes servicios”, sin olvidarse que, en muchos casos, lo hicieron “con decenas de miles de muertos”, refiriéndose a los caídos durante la Gran Guerra. Ante este panorama, Strasser se pronunciaba en favor de que cada persona pudiera declarar su libre voluntad de manifestarse como parte del pueblo alemán o como integrante de una “minoría nacional” judía, como tantas otras, entre ellas “los vendos, polacos o daneses”.¹⁴

La distancia entre la postura de quien se presentaba como el defensor del “espíritu original” del nacionalsocialismo y la adoptada en el programa fundacional del partido ya había sido expresada incluso antes de su alejamiento de la agrupación. Como él mismo se encargaba de aclarar a quien quisiera escucharlo, Strasser ya se había pronunciado contra el virulento antisemitismo del grupo de Julius Streicher y la “ideología disparatada y criminal” del grupo de Rosenberg (Bankier 1981, pp. 3-20). En su libro *Aufbau des deutschen Sozialismus (Construcción del socialismo alemán)*, publicado en 1932 y ampliamente promocionado entre sus partidarios,¹⁵ también había ridiculizado aquellas teorías biológicas, aunque en aquel entonces consideraba que las diferencias culturales entre los alemanes y los judíos eran insuperables, por lo que, desde su perspectiva –con una posición muy distinta a la que, como se ha visto más arriba, asumiría tras las leyes de Núremberg– la “asimilación” de estos últimos al pueblo germano resultaba impracticable. Por este motivo, planteaba como meta principal caracterizar a los judíos como una minoría nacional jurídicamente protegida. Si bien afirmaba que deberían tener los mismos derechos que los demás ciudadanos, proponía el establecimiento de un cupo que limitara su lugar monopólico en ciertas actividades u oficios, porque creía (como muchos otros) en la existencia de una marcada desproporción entre el pequeño número “real” de judíos y el importante lugar que ocupaban en sectores claves de la sociedad (Strasser 1932).

Aunque Strasser nunca hizo particular hincapié en un discurso antisemita, al que no presentaba como un aspecto esencial de su ideología (Abendroth 1960, pp. 181-187), su distancia con la posición oficial expresada en el programa fundacional del partido en lo referente a la “cuestión judía” fue ampliándose a medida que las políticas del régi-

14 Genug! Ein Wort zur Judenfrage, *op. cit.*

15 Gran parte de este libro fue reproducida en las páginas de *Die Schwarze Front*.

men cosechaban crecientes impugnaciones en diversos ámbitos de la opinión pública internacional. Esta postura resultó clara en la *Prager Erklärung* (Declaración de Praga) que, elaborada el 30 de enero de 1938 junto al escritor Kurt Hiller, rechazaba por igual la dictadura totalitaria, el orden económico capitalista, la política exterior imperialista y el racismo “zoológico” de la Alemania de Hitler.¹⁶ Por aquel entonces, el periódico *Die deutsche Revolution*, editado en Praga por Strasser, contaba con un suplemento de una asociación llamada *Juden in Deutschland* (Judíos de Alemania), en el que se señalaba que el futuro de los judíos alemanes estaba indisolublemente ligado al “renacimiento revolucionario del pueblo alemán”, motivo por el que bregaban al unísono por “la renovación de Alemania” y “la liberación de los judíos”.¹⁷

El Frente Negro llamó a los “alemanes de Sudamérica” a concertar un “frente de unidad de la alemanidad en el exterior” para alcanzar un “nuevo orden de justicia social, derrocar al sistema capitalista y construir el socialismo alemán”, objetivos que sólo serían posibles “con la destrucción del sistema de Hitler”.¹⁸ Sin embargo, no llegó a conformarse una amplia alianza antihitlerista que incluyera al Frente Negro. En este desenlace jugaron un papel importante tanto el rechazo de gran parte de los alemanes antinazis a unirse con aquella agrupación como el estallido de una profunda crisis interna que incluyó enfrentamientos entre sus principales dirigentes de la Argentina. También influyeron las crecientes dificultades financieras y la pérdida de contacto con Strasser, quien debió abandonar Checoslovaquia poco antes que fuera ocupada por el ejército alemán.

ALEMANIA LIBRE Y EL JUDAÍSMO

Tras un largo periplo por diversos países europeos, y gracias a la intermediación de las autoridades británicas, Otto Strasser logró establecerse en Montreal en abril de 1941 (Keyserlingk 1983, pp. 614-645; Stafford 2013). Desde allí reanudó algunos contactos con parte de sus seguidores, hecho que se vio confirmado el 30 de enero de 1941 con la fundación del *Frei-Deutschland Bewegung* (Movimiento Alemania Libre) (Friedmann 2014, pp.78-108). Esta organización, presidida por Strasser, contó en sus inicios con dos sedes principales, una dirigida desde Nueva York por Kurt Singer y la otra, radicada en Buenos Aires, liderada por Bruno Fricke.¹⁹ Su manifiesto fundacional expresaba la

16 Su múltiple identificación como pacifista, socialista, judío y homosexual provocó un particular encono de los nacionalsocialistas para con Kurt Hiller, quien, tras su detención y permanencia en distintos campos de concentración, en 1933 logró exiliarse primero en Praga y luego en Londres.

17 *Aufruf an Deutschlands Juden, an die deutschen ‘Nichtarier!’*, en *Die deutsche Revolution*, agosto de 1938.

18 *Was will die Schwarze Front. Über Hitler hinaus- zum deutschen Sozialismus*, *Die Schwarze Front*, 9 de octubre de 1935, p. 4.

19 Si bien tuvo representación en toda América y Sudáfrica, resulta difícil evaluar la cantidad de partidarios de Alemania Libre. No obstante, y más allá del número de militantes activos, la organización

voluntad de liberar a Alemania del “terror pardo” de Hitler, definido como “una mezcla peligrosa de imperialismo prusiano y demagogia moderna de masas”, y explicitaba, además, la intención de reunir “a todas las fuerzas cristianas, democráticas y liberales del mundo para luchar contra el totalitarismo y la dictadura, tanto en el interior como en el exterior”.²⁰ La proclama de la nueva agrupación incluía aspectos totalmente novedosos con respecto al período previo del Frente Negro. En primer lugar, adoptaba los términos “nazi” o “nazismo” –equiparados en este caso a “hitlerismo”–, palabras que en su origen tenían una connotación peyorativa y eran muy pocas veces utilizadas por quienes se auto denominaban “nacionalsocialistas”. Del mismo modo, la explícita apelación a las fuerzas cristianas y la reivindicación de los valores liberales conformaban dos elementos extraños a la ideología nacionalsocialista, tanto en su versión “hitlerista” como “strasserista”. En sus inicios, el NSDAP hizo una apelación al “cristianismo positivo” como uno de los elementos de la “comunidad popular” en una forma ritual que permitía unificar voluntades frente a “cuerpos extraños” a la nación, en particular a la figura del judío. Sin embargo, aquella apelación no era particularmente relevante en el pensamiento de Strasser hasta que se encontró con la necesidad de congraciarse con los aliados, entre los cuales estaba adquiriendo una importancia cada vez mayor la opinión pública norteamericana, para la cual los valores cristianos y liberales tenían una importancia significativa (Noll 1992).

Si bien Alemania Libre estaba conformado por algunos de los integrantes del *Schwarze Front*, en su seno reunió un conjunto heterogéneo de personas de muy diversa procedencia que incluía a militantes de variadas tendencias políticas.²¹ Entre ellos, se destacó Erich Schoenemann, ingeniero de profesión que, tras la Primera Guerra, se desempeñó como director de teatro en su Berlín natal. La destitución forzada de actores judíos lo enfrentó con el Ministerio de Propaganda, por lo que emigró a Uruguay en octubre de 1934. Al año siguiente, fundó en Montevideo el periódico *Die Zeit*, uno de los más antiguos del exilio antinazi de la región, que desde inicios de 1941 se convirtió en el órgano de prensa del renovado movimiento strasserista.

Dentro de la amplia convocatoria a constituir un movimiento de oposición al gobierno alemán, Otto Strasser había excluido, sin embargo, desde un inicio a dos grupos de alemanes: los comunistas, con los cuales consideraba imposible colaborar por “motivos fundamentales” que excedían largamente la coyuntura del pacto Hitler - Stalin, y los judíos que, según indicaba, no habían emigrado por motivos políticos, sino “personales y económicos”.²² Esta postura fue claramente adoptada por Bruno Fricke, representante

tejió una extensa red de relaciones no sólo con diversas asociaciones de habla alemana sino también con numerosas organizaciones antinazis del continente. En este caso, resultó de enorme importancia el apoyo material y organizativo brindado por los servicios de inteligencia aliados.

20 Goals and Program of Action of the ‘Free German Movement’, *Frei-Deutschland Bewegung*, 1941.

21 El *Schwarze Front* se encontraba formalmente incorporado al *Frei-Deutschland Bewegung*.

22 *Memorandum über Aufgaben und Möglichkeiten der Deutschen Opposition*, 3 de octubre de 1940. Archivo del *Institut für Zeitgeschichte* de Múnich, Legado Otto Strasser, Signatura ED118, T. 20.

en Buenos Aires de Alemania Libre, al expresar que “sin lugar a dudas, el 99% de los señores judíos... habrían permanecido tranquilamente en el *Reich* bajo Hitler si el párrafo antisemita no se hubiera aplicado tan rigurosamente...”.²³ Podría atribuirse esta posición a la militancia previa de Fricke en el movimiento de los *Freikorps* y en las filas de la SA, organizaciones impregnadas por un profundo antisemitismo. Sin embargo, aquella caracterización era compartida por muchos exiliados antinazis identificados con la izquierda política alemana, quienes, no obstante, militaron conjuntamente con asociaciones judías dentro del vasto campo antifascista (Friedmann 2012, pp. 293-311).

El movimiento Alemania Libre tuvo fuertes enfrentamientos con el resto de la oposición al nacionalsocialismo de habla alemana que, ya en los años cuarenta, se encontraba mejor organizada que durante la década precedente. Como ejemplo, pueden destacarse las muy conflictivas relaciones entabladas con *Das Andere Deutschland*. Esta última organización, establecida en Buenos Aires en 1937, estuvo integrada por un grupo de exiliados políticos alemanes y austríacos opositores al régimen nacionalsocialista, que pertenecían a variadas fuerzas de izquierda, y por germanoparlantes establecidos en la Argentina de distintas extracciones políticas, sociales y religiosas (Friedmann 2010). A fines de enero de 1943, *Das Andere Deutschland* organizó en Montevideo el denominado “congreso de los alemanes antifascistas”, con el doble objetivo de unificar al exilio antinazi en Sudamérica y mostrar a la opinión pública continental que no todos los alemanes simpatizaban con el nazismo. Alemania Libre desacreditó a este congreso argumentando que carecía de “cualquier carácter auténticamente alemán” debido a que “la totalidad de la oposición cristiana no formó parte de él.”²⁴

Una argumentación parecida esgrimía *Die Zeit*, cuando en agosto de 1943 realizó una breve reseña de la oposición alemana. Su informe colocaba a la “cristiana” Alemania Libre a la vanguardia de la resistencia contra el nacionalsocialismo, porque, argumentaba, “lejos de representar intereses partidarios conformaba una comunidad de todos los alemanes íntegros y democráticos de todas las tendencias con excepción del nacionalsocialismo y el comunismo”. Esto la diferenciaba claramente del resto de los grupos opositores de “tendencia radical izquierdista”, que aspiraban “primero al caos para poder erigir a continuación la dictadura del proletariado”. Entre ellos, *Die Zeit* destacaba a *Das Andere Deutschland*, “integrada en parte por puros comunistas, en parte por socialistas radicales de izquierda y en gran parte por emigrantes judíos.”²⁵

Al negarle un “carácter alemán” al congreso organizado por *Das Andere Deutschland* porque estaba integrado por judíos, Alemania Libre adoptaba una posición semejante a la de Joseph Goebbels, quien había resaltado la “demoníaca” presencia judía en aquella reunión.²⁶ No obstante, no fueron éstos los únicos en repudiar el referido

23 Carta de Bruno Fricke a Bernhard Strasser del 17 de diciembre de 1942.

24 *Rundschreiben der Frei-Deutschland Bewegung Montevideo*, 1 de febrero de 1943, p. 2.

25 *Die deutsche Opposition*, *Die Zeit*, 25 de agosto de 1943, p. 2.

26 *Die Stimmen der Gegner*, *Das Andere Deutschland*, n° 61, 20 de marzo de 1943, p. 15.

encuentro. En efecto, la condena resultó aún más virulenta por parte del periódico *Jüdische Wochenschau* que, fundado en Buenos Aires en abril de 1940 y autoproclamado vocero de los judíos de habla alemana, se había fijado el objetivo de remediar lo que consideraba un déficit de información de la prensa diaria argentina en lo atinente a la “temática judía”.²⁷ Aunque por otros motivos, el *Jüdische Wochenschau* coincidía con Goebbels en caracterizar de “demoníaca” la participación de judíos en el congreso montevideano, el cual, indicaba, estaba conformado por “pequeños grupos de treinta miembros judíos y dos no judíos” que se “comportan repentinamente como representantes de la verdadera Alemania”. Tras preguntarse: “¿quién puede mirar a los ojos a un alemán sin sospechar que también él es uno de los asesinos; que él, como todos los demás, ha violado a mujeres judías delante de sus hijos y esposos?”; finalizaba advirtiendo: “Permanezcan en Montevideo y pronuncien discursos tan largos como gusten. Pero no olviden: también nosotros, judíos alemanes, trataremos a nuestros traidores como ellos lo merecen”.²⁸ Debe destacarse que esta interpretación coincidía con la de los nacionalsocialistas, en tanto ambas proclamaban la existencia de una “esencia” judía y otra alemana, mutuamente irreconciliables. Para ambas, el “judío” era extraño al pueblo alemán y no debía permanecer en Alemania. Desde la perspectiva del *Jüdische Wochenschau* los “judíos antisemitas” eran traidores tanto o más despreciables que los antisemitas ordinarios.

Las muy crudas críticas vertidas por el *Jüdische Wochenschau* a los “judíos” que pretendían manifestarse como parte de la “otra Alemania” fueron realizadas en un contexto muy particular, cuando ya se conocían las primeras noticias sobre lo que posteriormente se reconocería como uno de los más horribles actos de genocidio del siglo xx. Esto consolidó el sentimiento antialemán entre los núcleos de judíos emigrados, emoción que también se hizo extensiva a los exiliados germanos antinazis que pretendían representar a una Alemania distinta a la del Tercer Reich. Además, el triunfo del régimen nacionalsocialista y su progresiva radicalización provocaron en muchos judíos alemanes la disolución de la identificación cultural alemana y el fortalecimiento (o en muchísimos casos el surgimiento) de la identidad judía (Friedmann 2011, pp. 191-212).

Este complejo proceso de “metamorfosis identitaria” fue percibido por Strasser, quien en 1940 publicó en Londres el libro *Germany Tomorrow* (impreso en castellano en 1942 como *La Alemania de mañana* por la editorial Ercilla de Santiago de Chile), donde explicitaba sus diversas propuestas para una futura Alemania posthitlerista. Entre ellas, la solución a la “cuestión judía” era nuevamente enmarcada en el problema

27 Desde sus páginas se incitaba a los judíos germanoparlantes a “volver a sus orígenes”, “retorno” que presentaba distintas formas. Así, mientras que algunos artículos propugnaban una rápida integración a la nueva patria argentina, otros compartían la posición adoptada por sus directores, para quienes la “cuestión judía” podría ser solucionada solamente con la creación de un Estado judío estable. Esta última es la que terminaría por prevalecer.

28 Die Stimmen der Gegner, *op. cit.*

más amplio de las minorías nacionales. Desde una pura perspectiva *völkisch*, Strasser considerada “extranjerías” a “las personas de origen racial diferente al de la mayoría”. No obstante, y como lo hiciera tras la promulgación de las leyes de Núremberg, señalaba que, como cada persona adulta perteneciente a “una estirpe distinta la mayoritaria”, los judíos podían optar por considerarse parte de una “minoría nacional” o, por el contrario, unirse “al cuerpo principal de la nación por asimilación” (Strasser 1940, pp. 73-77).

A diferencia de lo que indicaba hacia 1935, a inicios de la década siguiente Strasser observaba que “en los últimos años ha habido un amplio desarrollo del movimiento conocido como sionismo”, que en su opinión “debería ser apoyado por todas las personas y pueblos ‘nación-conscientes’ como un genuino esfuerzo en pro de la renovación del judaísmo”. El líder de Alemania Libre expresaba que era “bastante probable que la mayoría preponderante de los judíos alemanes prefiera pertenecer a la nación judía”. Sin bien indicaba que entre ellos “habrá sin duda muchos que en otros tiempos fueron contrarios al sionismo, y tal vez aún ahora no están en forma alguna completamente reconciliados con él”, creía, no obstante, que perderían sus escrúpulos al convencerse de que podrían “permanecer aún unidos a Alemania aunque conservando una clase judía”. Este mismo hecho, “su permanente incorporación en Alemania, los distinguirá de los judíos, digamos, de Palestina o Polonia no en substancia, sino en muchas de las formas de vida”. Para Strasser, aquella admisión del *Volk* judío dentro del Estado alemán era “fundamentalmente distinta de la completa asimilación”, a la cual sólo podían aspirar quienes debían “abandonar el judaísmo como una religión nacional” y “dar ésta y otras garantías de su determinación de convertirse en alemanes en todos los aspectos” (Strasser 1940, pp. 73-77).

Distanciándose de las concepciones *völkisch* más biológicas, raciales o radicalizadas, en las que encontraban un punto de unión muy diversas expresiones –incluidas aquellas que bregaban por la correspondencia exclusiva ente un pueblo / raza y un Estado territorial propio–, Strasser consentía el reconocimiento del *Volk* judío dentro de un “Estado alemán” como una minoría y no sólo no descartaba sino que admitía la posibilidad de que los judíos se “unieran” al *Volk* alemán. No obstante, el hecho de que Strasser se diferenciara sensiblemente de los nacionalsocialistas “clásicos”, que en Alemania representaron la versión más cruda del nacionalismo esencialista, no impidió que apelara a los argumentos de un nacionalismo que era, de igual modo, claramente exclusivista. En este sentido, debe notarse que Strasser acentuaba la categoría “asimilación” y no la de “integración”, es decir, para ser alemanes los individuos deberían abandonar sus “características propiamente judías” y asimilarse a un “colectivo alemán”. Por el contrario, no concebía una nación que aceptara como igualmente alemanas diversas tradiciones, entre ellas, por ejemplo, la judía, más allá de lo que eso significara.

Es posible suponer que, al menos en parte, la argumentación *völkisch* atenuada de Strasser podría haber estado permeada por su necesidad de aceptación por parte de una opinión pública cada vez más sensible ante los despropósitos nacionalsocialistas

contra la población judía europea. En ese sentido, se debe tener en cuenta que, en el momento de su revisión de la cuestión judía, Strasser no sólo se imaginaba, sino que también se postulaba, como el potencial líder de la futura Alemania.²⁹ La posible necesidad de agradar a una opinión crecientemente sensibilizada es quizá más perceptible en su proyecto de establecer un “Departamento de Estado de las Minorías Nacionales”, encabezado por un miembro del gobierno que se convertiría en el representante de las minorías nacionales de su país ante la Liga de las Naciones (y, en un plazo más largo, ante su anhelada Confederación Europea). Como Strasser consideraba que aquel funcionario debía ser un integrante de la minoría más numerosa, en Alemania éste tendría “sangre judía”, un hecho que, intuía, “produciría un efecto excelente tanto en el país como en el exterior.” (Strasser 1940, pp. 73-77).

GENOCIDIO Y ESTADO DE ISRAEL

Con las muy importantes excepciones del *Argentinisches Tageblatt* y el *Jüdisches Wochenblatt*, los informes en lengua alemana sobre las persecuciones a los judíos en Europa y su asesinato en masa fueron escasos. Es cierto que ésta fue una postura habitual de la época. Por diferentes motivos, hacia el final de la Segunda Guerra, en una Europa en ruinas donde las personas muertas, heridas y desplazadas se contaban por millones, el exterminio de los judíos todavía no ocupaba el centro de la escena ni era percibido en la dimensión que tomaría posteriormente como símbolo del mal absoluto. En ese entonces, la masacre de los judíos europeos era asimilada a los sufrimientos padecidos por el conjunto de las poblaciones ocupadas bajo las armas enemigas y casi no se distinguía entre campos de concentración y de exterminio, como entre deportación política y genocidio racial (Traverso 2001, pp. 218-219; Traverso 2014, p. 204). Sin embargo, Alemania Libre informó sobre la existencia de “cámaras de la muerte (*Todeskammern*) construidas por los nazis”, que contaban con una capacidad para aniquilar diariamente hasta 10.000 personas y en las que se experimentaban “nuevos gases venenosos”. Estas instalaciones estaban destinadas a los “judíos seleccionados por la Gestapo para su ejecución”, entre los que se encontraban “hombres, mujeres y niños” que eran “impulsados a las cámaras bajo el pretexto de un baño”.³⁰

Con un tono distinto, otra nota de la misma circular del *Frei-Deutschland Bewegung* indicaba que a los brutales asesinatos y proscripciones sufridas por los partidarios de Strasser en el *Reich* se sumaban los constantes ataques, ofensas y calumnias propinadas a sus integrantes por parte de un “periódico de emigrantes judíos publicado en los Estados Unidos”, al que acusaban de practicar “el método nazi” de quien “para sí exige tolerancia, pero para otros la rechaza”. Asimismo, denunciaba la difamación vertida

29 Desde su exilio, Strasser pretendía crear un movimiento análogo a la *France Libre* de Charles de Gaulle, que fuera aceptado tanto por los exiliados alemanes como por los Aliados.

30 Die *Todeskammern*, *Rundschreiben der Frei-Deutschland Bewegung*, 10 de julio de 1944.

contra el movimiento en una “publicación de la comunidad judía de Uruguay”, que resultaba “muy instructiva y transparente” de “los vastos y sucios métodos” utilizados por los judíos alemanes, “quienes todavía no han aprendido nada de su desgracia”. El artículo advertía que la opinión expresada por ambas publicaciones resultaba “totalmente intrascendente”, dado que “los judíos habían expresado su deseo de no volver a formar parte de Alemania”, por lo que, indicaba, deberían preocuparse por sus propios asuntos y dejar de inmiscuirse en lo que no les concernía. Además, subrayaba que quienes arrojaban “basura sobre los muy honrosos luchadores que habían combatido ante todo por ellos” carecían de autoridad moral para juzgar la acciones de los seguidores de Strasser, pues para criticarlos era un “requerimiento esencial, por lo menos, haber llevado a cabo las mismas acciones de lucha contra el nazismo”.³¹

Sin lugar a dudas, el reproche a la supuesta falta de interés en los asuntos alemanes dejaba entrever el refuerzo de viejos prejuicios antijudíos. Ahora bien, aquel sentimiento de ruptura con la patria alemana, y la creciente asimilación entre judaísmo y sionismo expresada por Alemania Libre, reflejaba el cambio de actitud de una parte importante de los judíos de habla alemana. Hacia mediados de la década de 1930, ese variado conjunto de personas compartía con el resto de sus conciudadanos el patriotismo exacerbado por la Primera Guerra Mundial. El movimiento sionista era por entonces una opción minoritaria. Sin embargo, el proceder asesino del nacionalsocialismo –que no hizo distinción alguna entre tradicionalistas ortodoxos y personas que no tenían relación con la religión, la tradición o la cultura judías– funcionó como un elemento cohesivo de extraordinaria fuerza, ya que impregnó la autopercepción de todos aquellos que, de un modo u otro, estaban vinculados con el judaísmo.

El argumento de la falta de un compromiso activo contra el nacionalsocialismo por parte de los judíos no era en absoluto patrimonio exclusivo de Alemania Libre. Los mismos reproches fueron constantes entre los integrantes del “ala izquierda” de *Das Andere Deutschland*. En las páginas de su principal publicación, se reconoció que los judíos europeos fueron “privados de su dignidad humana y asesinados en un número indeterminado” y que no hubo “ningún otro grupo étnico que haya sufrido tanto bajo la barbarie nazi”. Sin embargo, se sostuvo, aún con mayor énfasis, que “las primeras víctimas en los campos de concentración” y los que “debieron emigrar” forzosamente fueron los alemanes antifascistas quienes “lideraron la lucha contra Hitler” cuando sus “actuales enemigos occidentales” aún “lo veían con buenos ojos” y “cuando incluso muchas de sus posteriores víctimas judías ‘apolíticas’ permanecían cómodamente cruzadas de brazos”. La misma nota se opuso a “la equiparación de los alemanes y los hitleristas tal como es propagada hoy por algunos judíos alemanes que no pueden pensar políticamente”. Resaltó, además, que *Das Andere Deutschland* luchaba “contra todas las opresiones, sean estas económicas, raciales, nacionales o religiosas” y destacó que, mientras “muchos miembros de la burguesía judía” experimentaban por primera vez

31 Deutsche Juden in Nazifahrwasser, *Rundschreiben der Frei-Deutschland Bewegung*, 10 de julio de 1944.

la sensación de encontrarse “indefensos, a merced de un poderoso”, el conjunto de los trabajadores de todo el mundo padecía esa injusticia “desde tiempos inmemoriales”.³² Si bien *Das Andere Deutschland* no adoptó en su conjunto ninguna posición sobre la discusión acerca de la conformación de un “Estado nacional judío”, poco después de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, su director, August Siemsen, manifestó un explícito apoyo al sionismo al exhortar a todos los alemanes y a los judíos por igual a mantener ese mismo proceder (Siemsen 1945, p. 163). Finalmente, en julio de 1948, *Das Andere Deutschland* envió un telegrama de felicitaciones al presidente del flamante Estado de Israel, Chaim Weizmann, expresando su esperanza de que aquel país pudiera transformarse en un “elemento del progreso”.³³

Muy distinta fue la actitud de Alemania Libre. Una nota de *Die Zeit*, titulada “Terror en Palestina”, denunciaba el “doble estándar” supuestamente practicado por una parte importante de la opinión judía que, mientras avalaba la existencia de violentas bandas armadas que volaban puentes y arrojaban bombas contra los soldados y policías del Reino Unido, caracterizaba de “crimen execrable” los intentos de reestablecer el orden realizados por las autoridades del mandato británico. Además, cuestionaba el objetivo de establecer un “Estado judío” en Palestina porque de “los 15 o 16 millones de judíos en el mundo”, apenas podrían “remolcar allí a unos pocos cientos de miles”. Ante este panorama, la posición de *Die Zeit* era tajante: “un Estado, cuya población vive en más de un 90% en el extranjero y allí desea vivir, no tiene ningún derecho a la existencia”.³⁴

Esta postura sostenida por la principal publicación de Alemania Libre presentaba notables discrepancias no sólo con *Das Andere Deutschland*, sino también con la perspectiva adoptada por Otto Strasser, quien había considerado la emigración masiva, de acuerdo con un objetivo territorialista, como la salida ideal para la solución de la cuestión judía. Esta discrepancia puede explicarse, en parte, por la múltiple conformación del movimiento Alemania Libre. A diferencia de Strasser, el director de *Die Zeit*, Erich Schoenemann, nunca militó en el nacionalsocialismo (ni tampoco pretendía obtener el visto bueno de los aliados con el fin de erigirse en un futuro líder de Alemania). Esta situación, sumada a su exilio en un lugar más alejado del centro de las decisiones sobre el destino de la política mundial, le permitió seguramente expresarse con mayor libertad sobre un tema crecientemente delicado. Su caracterización del judaísmo no se apoyaba en una concepción *völkisch* o biológica, sino, más bien, descansaba en la idea profundamente arraigada en su estricta formación católica de que los judíos conformaban un pueblo extranjero que había estado en continuo movimiento y que estaba destinado a seguir errante. En la radicalización de su discurso, se debe tener en cuenta,

32 Zur jüdischen Frage, *Das Andere Deutschland*, octubre de 1944, pp. 12-13.

33 Israel und DAD, *Das Andere Deutschland*, 1º de julio de 1948, p. 2.

34 Terror in Palestina, *Die Zeit*, 6 de julio de 1946, p. 2. Esta nota fue publicada pocos días antes de la destrucción de la sede central de la autoridad mandataria en Jerusalén, que causó 93 muertos. Este fue el más sangriento de los atentados llevados a cabo por el Irgún, una organización paramilitar sionista que operó durante el Mandato Británico de Palestina, entre los años 1931 y 1948.

además, la influencia de la particular coyuntura internacional. En este sentido, la consideración bastante difundida de la responsabilidad colectiva de los alemanes en los crímenes del nacionalsocialismo no sólo contribuyó a exacerbar la animosidad hacia Alemania, ya por entonces creciente, de vastos sectores del judaísmo, sino también a radicalizar algunas de las posiciones –entre ellas, el nacionalismo y el antisemitismo– del heterogéneo conjunto de los alemanes opositores al Tercer *Reich*, entre los que se encontraban tanto los antinazis como, desde luego, quienes se reivindicaban como los verdaderos nacionalsocialistas.

Asimismo, en la explicitación de las diferencias en Alemania Libre seguramente jugó un papel trascendente la ruptura en las relaciones establecidas entre los integrantes de sus diversos grupos territoriales. En este sentido, fue fundamental la suerte corrida por el líder del movimiento. A su arribo al continente americano, Otto Strasser fue percibido como símbolo de los alemanes opuestos al nacionalsocialismo, alguien que había arriesgado su vida para salvar a su patria de las garras del totalitarismo. Sus estrechos contactos con las autoridades británicas facilitaron su exitosa y rápida inserción en la opinión pública angloparlante.³⁵ Desde luego, el apoyo logístico e incluso financiero que recibió por parte de los aliados no implicaba necesariamente una menor convicción ideológica de su parte. De hecho, aquella convicción llevó, al menos parcialmente, a que la suerte de Strasser cambiara radicalmente en poco tiempo. Luego que la Unión Soviética se uniera a Gran Bretaña, a mediados de 1941, Strasser criticó a los aliados por acordar con Stalin y prometió luchar tan implacablemente contra la dictadura comunista de clase como contra la dictadura nazi de raza. En un entorno que combinaba la ya segura caída del Tercer *Reich* con la creciente popularización de las tesis que igualaban el conjunto de los alemanes con los nacionalsocialistas (Später 2003), Otto Strasser vio considerablemente mermada su capacidad de acción política debido a que el gobierno canadiense le recriminó su pasado nacionalsocialista y sus lazos ideológicos con aquel régimen. En el mes de diciembre de 1942, se le prohibió realizar discursos, escribir y aparecer en público y en mayo del año siguiente fue llevado a la ciudad de Clarence en Nueva Escocia, donde vivió un confinamiento forzoso. Desde agosto no pudo expresar opiniones políticas, incluso en cartas privadas, por lo que interrumpió toda relación postal con la central de América del Sur y los manuscritos destinados a ser editados fueron interceptados (Röder y Strauss 1980, p. 741).

Bruno Fricke señaló, en forma retrospectiva, que en el abrupto final de Alemania Libre jugó un papel relevante la interrupción del contacto entre la central y el conjunto de los miembros de la agrupación. Indicó, además, que el movimiento fue intensamente combatido también en el continente sudamericano, lo que habría obligado a interrumpir las actividades de sus delegaciones regionales. Fricke manifestó que los dirigentes de Cuba, México y Colombia fueron puestos en “campos de concentración

35 Strasser obtuvo una columna en el periódico *The Gazette* de Montreal y sus artículos fueron publicados por *The New Statesman*, de Londres, el *New York Times* y el *Reader's Digest*.

en América del Norte”, mientras que el representante de Chile fue deportado.³⁶ Es posible que una parte considerable de los dirigentes de Alemania Libre se contaran entre los más de 4.000 alemanes residentes en los pequeños países de la cuenca caribeña y los más septentrionales de América del Sur que, en medio de un clima crecientemente amenazador, signado por el “terror nazi”, fueron deportados de sus países de residencia y confinados en los Estados Unidos (Friedman 2008). El mismo Fricke fue encarcelado en Buenos Aires, acusado de tráfico de drogas, lo cual, sumado a la situación atravesada por Strasser en Canadá, dio por tierra con la sección local del movimiento. En la disolución de la representación argentina de Alemania Libre, confluyeron acontecimientos internacionales con la coyuntura política nacional. Al decisivo giro tomado por la Segunda Guerra Mundial, que no dejaba lugar a dudas acerca de la inminente derrota del Tercer Reich, y a la difusión mundial de los crímenes perpetrados contra los judíos en la Europa ocupada por los nazis, se sumó el pronunciado cambio en el contexto político argentino provocado por el golpe de Estado que posteriormente catapultaría a Juan Domingo Perón al primer plano de la escena política nacional. Alemania Libre debió afrontar las mismas consecuencias directas que sobre los germanoparlantes antinazis de la Argentina tuvo el golpe militar de junio de 1943 (Friedmann 2010, p. 132). A diferencia de *Das Andere Deutschland*, que pervivió en la Argentina hasta finales de la década de 1940, el movimiento dirigido por Strasser se fue desvaneciendo, entró entonces en una prolongada agonía, si bien el periódico *Die Zeit* continuó editándose en Montevideo hasta 1946.

CONSIDERACIONES FINALES

En las últimas décadas del siglo XIX, se produjo una reelaboración del antijudaísmo tradicional de base religiosa que devino en el antisemitismo moderno, caracterizado por una interpretación en clave racial (Mosse 1985). Esta transformación fue un punto de inflexión en la historia del prolongado y complejo fenómeno del antijudaísmo europeo, pues se pasó de un rechazo a los judíos por cuestiones religiosas, que permitía la tolerancia si decidían convertirse, a un odio ontológico, radicado en su mismo ser, por causa de su “raza”, lo que excluía cualquier posibilidad de conversión. La creciente identificación entre los conceptos de nación y raza, por entonces común en el occidente europeo, transformaba en extranjeras a aquellas personas de tradición o religión judía que habitaban en los diversos países. Aunque en un principio las constataciones pretendidamente científicas sobre una raza hebrea no implicaran necesariamente la adopción de una postura antisemita (ni racista pro judía), el traspaso de la “cuestión judía” al ámbito biológico permitió que las peculiaridades económicas y sociales de algunos integrantes de ese grupo dejaran de analizarse desde la causalidad histórica

36 Bruno Fricke, Rechenschaftsbericht der FDB für die Jahre 1943-1945, p. 3. Archivo del *Institut für Zeitgeschichte* de Múnich, Legado Otto Strasser, Signatura ED118, T. 20.

y pasaran a concebirse como cualidades propias de su naturaleza. La concepción del judío como apátrida, extranjero y partícipe de una invasión se sumaba a su identificación con el burgués - capitalista (Furet 1995, pp. 56-59).

A la luz de los acontecimientos posteriores, se presenta la aparente paradoja de que, mientras los partidarios de Otto Strasser se identificaban como los “auténticos nacionalsocialistas”, militando exclusivamente dentro del Frente Negro su discurso referido a la cuestión judía era más tolerante que cuando conformaron una unión más amplia que contemplaba otras voces, en el ámbito de Alemania Libre. En este sentido, el Frente Negro proponía la emigración masiva hacia un Estado propio como la solución ideal a la denominada “cuestión judía”. En su defecto, era aceptada su permanencia en Alemania como integrantes de una “minoría nacional” o su incorporación a la nación, mediante la “asimilación”. Por el contrario, en el movimiento Alemania Libre no se aceptaban integrantes judíos y desde sus publicaciones se negaba el derecho a la existencia de una entidad estatal propia.

Desde un punto de vista teórico, en la idea moderna de nación se distingue generalmente un doble origen. El primero se inscribe dentro de una perspectiva artificialista, según la cual, la nacionalidad se funda en un vínculo contractual. El segundo, en cambio, concibe las naciones como entidades objetivas, conformadas independientemente de la voluntad de sus miembros. Desde luego, la práctica se muestra mucho más rica en matices y es necesario evitar un análisis demasiado normativo, apegado a las categorías arriba mencionadas.

El término *völkisch* comenzó a utilizarse durante la segunda mitad del siglo XIX. Si bien en un comienzo tenía el significado de “popular”, con todas sus ambigüedades, luego fue desarrollándose en un sentido étnico o racial, más esencialista, y se lo comenzó a aplicar generalmente para referirse a aquellos movimientos (diversos y muchas veces erróneamente pensados como idénticos) definidos como “chauvinistas”. Desde esta perspectiva, los individuos existían sólo como parte indisoluble de la comunidad popular y la nación era percibida como un “pueblo - raza” (muchas veces, pero no siempre, entendida desde una perspectiva biológica) al que, generalmente, le correspondería una organización estatal propia. Así, la idea *völkisch* se contraponía totalmente a la idea universalista, sustentada en la libre aceptación por parte de los individuos. Se identifica con una concepción cultural, fuerte a fines del siglo XIX, en especial en Alemania y en el conjunto de la Europa centro-oriental, que equiparaba la nación con el idioma y las tradiciones propias de cada pueblo. La noción nacionalsocialista (una de las tantas corrientes de la muy amplia y diversa familia *völkisch*) era aún más esencialista, pues identificaba la nación con la raza. Desde esta perspectiva, la pertenencia a la nación no radicaba en la voluntad, ni en la tradición, sino en la “comunidad de la sangre” (*Blutgemeinschaft*).

Muy distintas eran, las argumentaciones presentes en los discursos de Strasser de las décadas de 1930 y 1940. Ellas proponían la permanencia de los judíos en el futuro Estado alemán como parte de una “minoría nacional” o, en su defecto, mostraban,

con diferentes matices, una posición que permitía “alemanizar” a todos aquellos que aceptaran integrarse a la nación alemana. Así, el énfasis puesto en la existencia de una originaria matriz identitaria (en este caso alemana o judía) y la consideración acerca de cuánto de ese núcleo étnico - nacional ya conformado podía ser moldeado –por parte de un Estado homogeneizador– determinaba el grado de integración o exclusión que suponía esta concepción de la nación.

El intento de disolución de “identidades secundarias” dentro de una cultura general, a través de diversas formas, es quizá el más frecuente en los modernos Estados nacionales. Este proceso era interpretado por Strasser bajo la lente de la “asimilación”, mediante la cual los judíos podrían incorporarse a la “esencia del carácter nacional alemán”. Tal vez, la existencia misma de ésta última denote su perspectiva *völkisch*, aunque por cierto moderada. En este sentido, no concebía la nación como el resultado de una fusión de distintos componentes culturales o como una mera asociación política. Estas formas de nacionalismo, que podrían llamarse inclusivas (y que como cualquier otra difícilmente se encuentren en forma pura), eran inimaginables y, por lo tanto, igualmente rechazadas por los partidarios de la idea *völkisch*, fueran ellos adherentes al *Volk* alemán o al judío. Desde luego, esa concepción no abarcaba la totalidad del espectro político germanoparlante; de hecho, muchos liberales y socialdemócratas concebían la identidad nacional desde una perspectiva más inclusiva (de la cual los judíos eran una parte integral, como tantos otros). En el caso del exilio argentino, esta postura se encontraba presente en el seno de la agrupación *Das Andere Deutschland*, que, como puede desprenderse de la condena de Alemania Libre al congreso de Montevideo, estaba integrada por algunas personas que debieron abandonar Europa debido a lo que en la época se llamaba “motivos raciales”, aunque se reivindicaban, en primer lugar, como alemanes (Friedmann 2010, p. 164). Como se ha visto, esa actitud era igualmente rechazada por los planteos sionistas expresados en el *Jüdische Wochenschau*, para quienes aquélla era una postura antijudía, porque rechazaba firmemente la pretendida continuidad y eternidad del pueblo - raza.

Aunque Strasser nunca enfatizó una posición antisemita, es posible que la discrepancia existente entre el discurso de quien en el exilio se presentara como el defensor del “espíritu original” del nacionalsocialismo, con las versiones más puramente *völkisch* obedeciera no solamente a sus convicciones, sino también a posibles cálculos acerca de los potenciales efectos de sus palabras sobre una opinión pública cada más más sensibilizada por las crecientes noticias acerca de las atrocidades sufridas por la población judía europea. Lo cierto es que, a diferencia de los principales dirigentes del partido nacionalsocialista, para quienes el antisemitismo ofrecía el marco explicativo de la historia mundial, el antijudaísmo de Alemania Libre no descansaba en una concepción político-racial, sino en una perspectiva económica bastante difundida que asimilaba a los judíos con los males del capitalismo.

Esta caracterización era compartida por un amplio espectro de la militancia antinazi. Tanto el “ala izquierda” de *Das Andere Deutschland* como posteriormente los mili-

tantes comunistas de la agrupación *Volksblatt* no sólo resaltaban que los judíos sufrían lo que muchos obreros y militantes políticos habían experimentado previamente en mayor escala, sino que también los acusaban de mantener una actitud pasiva frente a Hitler. Ambos condenaban el supuesto “apoliticismo” de los judíos alemanes, a los que consideraban “salidos de la burguesía”, y que, a pesar de la persecución y el exilio, no habrían adquirido una conciencia política. Además de equiparar el compromiso político con la militancia antihitlerista –fuera ésta de “izquierda” o “socialista nacional”–, esta concepción identificaba a un grupo de personas que eran percibidas como una nación (o una raza) y una clase social. La asociación entre judío y burgués capitalista era compartida por militantes de las más diversas trayectorias políticas e ideológicas. Esta homologación entre judío y burgués capitalista, que era parte del “sentido común” europeo occidental, no era extraña desde luego a muchos de los partidarios de las distintas vertientes del socialismo (tanto los “internacionalistas” como los “nacionales”) desde el momento mismo de su surgimiento. En este sentido, un fuerte antijudaísmo económico, heredero de un tradicional prejuicio cristiano, estuvo presente con diversos grados de virulencia en los más importantes teóricos tempranos del socialismo. Para Pierre Leroux, Charles Fourier, Alphonse Toussenel, Joseph Proudhon y Auguste Blanqui, la imagen predominante del judío era la de un especulador y usurero, un “parásito improductivo”, representante máximo de la explotación capitalista. El propio Karl Marx, en 1844, planteó que el judaísmo, al que identificaba con la burguesía, había alcanzado la dominación universal (Dreyfus 2009). Además, debe destacarse que, a pesar de que en la propaganda del Tercer Reich los judíos aparecían asociados al bolcheviquismo, el anticapitalismo –y su explícita asociación con el antisemitismo– fue uno de los postulados de la primera etapa del nacionalsocialismo que perduró también durante el régimen (Bracher 1973).

BIBLIOGRAFÍA

- ABENDROTH, W., 1960. Das Problem der Widerstandstätigkeit der ‘Schwarzen Front’. *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, tomo 8, pp. 181-187.
- BANKIER, D., 1981. Otto Strasser und die Judenfrage. *Bulletin des Leo Baeck Instituts*, No. 60, Fráncfort del Meno: Hain, pp. 3-20.
- BAUER, A., 2003. *Historia contemporánea de los judíos. Desde el ascenso de Hitler al poder hasta 1967*. Buenos Aires: Colihue.
- BRACHER, K., 1973. *La dictadura alemana*. Madrid: Alianza.
- BENZ, W., 2014. *Der Deutsche Widerstand gegen Hitler*. Múnich: C. H. Beck.
- BURRIN, P., 2012. ¿Todos los alemanes eran nazis? En: I. KERSHAW, (ed.), *El nazismo. Preguntas clave*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 89-100.
- DREYFUS, M., 2009. *L'antisémitisme à gauche. Histoire d'un paradoxe, de 1830 à nos jours*. París: La Découverte.
- ESSNER, C., 2002. *Die “Nürnberger Gesetze” oder die Verwaltung des Rassenwahns 1933-1945*. Paderborn: Schöningh.

- FRIEDMAN, M. P., 2008. *Nazis y buenos vecinos. La campaña de Estados Unidos contra los alemanes de América Latina durante la II Guerra Mundial*. Madrid: Machado Libros.
- FRIEDMANN, G., 2010. *Alemanes antinazis en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- 2011. Las identidades judeo-alemanas. Alemanes antinazis y judíos de habla alemana en Buenos Aires durante la Segunda Guerra Mundial. En: E. KAHAN, L. SCHENQUER, D. SETTON y A. DUJOVNE (comp.), *Marginados y consagrados. Nuevos estudios sobre la vida judía en la Argentina*. Buenos Aires: Lumiere. pp. 191-212.
- 2012. Las identidades judeoalemanas. Alemanes antinazis y judíos de habla alemana en Buenos Aires durante la Segunda Guerra Mundial, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 71, Buenos Aires: CE-MLA, pp. 293-311.
- 2014. El Frente Negro y el movimiento Alemania Libre en la Argentina durante las décadas de 1930 y 1940. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana. Dr. Emilio Ravignani*, n° 40, pp. 78-108.
- 2015. El Frente Negro en la Argentina durante la década de 1930. *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, Madrid - Fráncfort del Meno, año XV, nueva época, n° 57, pp. 39-57.
- FURET, F., 1995. *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo xx*. México: FCE.
- GOTTFRIED, P., 1969. Otto Strasser and National Socialism. *Modern Age*, Mendota: Wayside Press. pp. 142-151.
- HERZL, T., 2005. *El Estado Judío*, Buenos Aires: Prometeo.
- KERSHAW, I., 1999. *Hitler. 1889-1936*. Barcelona: Península.
- KEYSERLINGK, R. H., 1983. Die deutsche Komponente in Churchills Strategie der nationalen Erhebungen 1940-1942. *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, Cuaderno 4, pp. 614-645.
- KÖNIGSEDER, A., 2007. Gesetz zur Wiederherstellung des Berufsbeamtentums. En W. BENZ, H. GRAML y H. WEISS (comp.), *Enzyklopädie des Nationalsozialismus*. Stuttgart: DVT. pp. 536-537.
- KOOP, V., 2014. *Wer Jude ist, bestimme Ich. "Ehrenarier" im Nationalsozialismus*, Colonia-Weimar-Viena: Böhlau. pp. 33-65.
- KÜHNEL, R., 1966. Zur Programmatik der nationalsozialistischen Linke. Das Strasser-Programm von 1925-1926. *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n°14, pp. 317-333.
- 1975. *Der deutsche Faschismus in Quellen und Dokumenten*. Colonia: PapyRossa.
- MOSE, G. L., 1985. *Toward the "Final Solution". A History of European Racism*. Wisconsin: University of Wisconsin Press.
- NYOMARKAY, J. L., 1965. Factionalism in the National Socialist German Workers' Party, 1925-26: The Myth and Reality of the "Northern Faction". *Political Science Quarterly*, vol. 80, n° 1. The Academy of Political Science Stable, pp. 22-47.
- NOLL, M. A., 1992. *A History of Christianity in the United States and Canada*. Grand Rapids, Michigan: Eerdmans.
- POLIAKOV, L., 1989. *Historia del antisemitismo / V. La Europa suicida. Primera Parte: 1870-1914*. Buenos Aires: Raíces.
- RÖDER, W. y H. A. STRAUSS (comp.), 1980. *Biographisches Handbuch der deutschsprachigen Emigration nach 1933. T. I*. München: K. G. Saur.
- SAND, S., 2014. *La invención del pueblo judío*. Madrid: Akal.
- SCHAPKE, R., 2005. *Die Schwarze Front. Von den Zielen und Aufgaben und vom Kampfe der deutschen Revolution. Quellentexte zur Konservative Revolution*. Toppensstedt: Uwe Berg.
- SIEMSEN, A., 1945. *Die Tragödie Deutschlands und die Zukunft der Welt. Aufsätze und Reden*. Buenos Aires: Cosmopolita.
- SPÄTER, J., 2003. *Vansittart. Britische Debatten über Deutsche und Nazis: 1902-1945*. Gotinga: Wallstein Verlag.
- STAFFORD, D., 2013. *Britain and European Resistance: A Survey of the Special Operations Executive*. Londres: Thistle Publishing.
- STRASSER, O., 1932. *Aufbau des deutschen Sozialismus*. Leipzig: Wolfgang Richard Lindner Verlag.
- 1940. *Germany Tomorrow*. Londres: Jonathan Cape.

- TRAVERSO, E., 1995. *The Jews and Germany. From the "Judeo-German Symbiosis" to the Memory of Auschwitz*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- 2001. *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*. Barcelona: Herder.
- 2014. *El final de la modernidad judía. Historia de un giro conservador*. Buenos Aires: F. C. E.
- VON ZUR MÜHLEN, P., 1985. Der Gegenführer im Exil. Die Otto Strasser Bewegung in Lateinamerika. *Exilforschung. Ein internationales Jahrbuch. Gedanken an Deutschland im Exil und andere Themen*, vol. 3. München: Edition Text-Kritik. p. 143-157.
- WEISSMANN, K., 1998. *Der Nationale Sozialismus. Ideologie und Bewegung 1890-1933*. München: Herbig.